

El arte de vivir juntos.

Alfonso Vázquez Salazar

En la calurosa tarde del viernes, último día de la semana escolar, Jorge y Paty caminan de regreso hacia sus respectivas casas. Ninguno de los dos quiere saber más de la escuela. Están cansados y un tanto abrumados por la gran cantidad de tarea que tienen encima.

–No es justo. –dice Jorge– Solo porque algunos platican y echan relajo en el salón, la maestra nos culpa a todos y nos hace pagar por los errores de los demás.

–Sí, pues, pero nadie dice nada. –responde Paty– Todos prefieren quedarse callados en lugar de afrontar la situación y señalar a los que realmente están metiendo el desorden en clase.

–Tienes razón, Paty. Pero nadie se anima a hablar por temor a lo que vayan a decir los demás. Prefieren o, más bien, preferimos quedarnos callados para no meternos en problemas, y la consecuencia es que la maestra se desquita con todos dejándonos más y más trabajo.

–¡Caray! –responde Paty– Eso no debería suceder. ¿Es tan difícil comprender que todos estamos juntos? No estamos aislados de los demás. Formamos parte de un grupo de personas. Todo lo que hacemos o dejamos de hacer tiene una repercusión para la colectividad. A veces pienso que la causa de tanta indiferencia y falta de solidaridad en la sociedad se debe a que nosotros, en buena medida, la propiciamos con actitudes como las que tenemos en clase, de quedarnos callados o de no decirles nada a los demás para que se comporten adecuadamente. En cierta forma, somos constructores de nuestro propio destino y somos responsables de él.

–Sí, Paty. El hecho de que nadie denuncie, de que nadie asuma su responsabilidad, ni le importe la vida en común, a la larga nos afecta a todos. La otra vez platicaba con mi papá y me dijo que secuestraron a su patrón. Tiene una tienda grande de aparatos eléctricos. A la hora de cerrar el establecimiento, por la noche, una camioneta negra se acercó. Se bajaron unos tipos y lo subieron a ella con violencia. Afortunadamente no lo hirieron, pero le hicieron pagar un rescate de mucho dinero.

–¡Qué mal! Ese tipo de gente no debería estar libre. La libertad se gana a través del respeto. Deberían irse de aquí si no saben vivir con los demás. Hay veces en las que llego a pensar que esos tipos ni siquiera son seres humanos, porque pareciera que no les da remordimiento cometer acciones que lastiman y hacen sufrir a otros. Así no se puede vivir en sociedad. Ni que estuviéramos bajo la ley de la selva. Aunque parece que así vivimos: como animales.

–Estoy de acuerdo –dice Jorge–, es como nos dijo el profesor de filosofía cuando hablaba sobre el derecho natural, que por cierto se parece mucho a la ley de la selva, y sobre el derecho positivo. La diferencia entre uno y otro es que el derecho positivo surge del acuerdo entre todos los hombres que viven en una sociedad para relacionarse entre sí y lo acatan, mientras que el derecho natural es el que todos poseemos para realizar cualquier acción que nos mantenga con vida. La cuestión es que con el derecho natural generalmente se impone el derecho del más fuerte, o sea, el que tiene más poder o fuerza física sobre los demás.

–Pues los sujetos que secuestraron al jefe de tu papá actuaron de esa forma, imponiéndose con violencia para sacar la máxima ventaja. Pero como forman parte de la misma sociedad en la

que vivimos, si no acatan las reglas mínimas de convivencia, entonces deben irse directamente a la cárcel. Quizá hasta aplicarles la pena de muerte.

–¿Tanto así? –responde Jorge, un tanto perplejo.

–¿Pues no ves cómo no respetan la vida ni el sufrimiento de los demás? ¿Por qué deberíamos soportarlos si no se comportan ellos como seres humanos y conviven en armonía? Los derechos son para los seres humanos, no para esos individuos que actúan como animales– señala Paty muy enfurecida.

–Paty, a la larga sería como reconocer que no fuimos capaces de llegar a acuerdos entre nosotros, que no pudimos hacer respetar las leyes que entre todos nos dimos para vivir bien. Además, nadie tiene el derecho de arrebatarse la vida al otro, aunque haya cometido el crimen más horrendo.

–No lo sé, quizá sea la única forma de corregir esa conducta antisocial.

–También está el aspecto de la educación, –dice Jorge– de la responsabilidad. Justo de lo que hablábamos hace rato. Si todos propiciamos un buen ambiente de convivencia en la escuela, y si hacemos uso de nuestra razón a través del diálogo y la palabra para expresar lo que pensamos y lo que sentimos, entonces podríamos evitar ese tipo de acciones y medidas extremas. Si todo se resolviera hablando como seres racionales, tendríamos seguramente un mundo distinto.

–Pues sí, Jorge, pero lo primero que tenemos que hacer es predicar con el ejemplo. Cumplir nuestros deberes, ser más responsables y cuando no estemos de acuerdo con algo que suceda en el salón o en el lugar en el que nos encontremos, señalarlo con toda libertad para que se corrija. Esa es la vía.

–Ojalá y lo podamos llevar a cabo. Por ahora tenemos que hacer la tarea que nos dejó la maestra. Pero, ¿sabes? Ahora pienso distinto: aunque no hayamos interrumpido la clase ni hayamos echado relajo, nos ganamos el castigo por no haber expresado nuestro malestar a la maestra ni llamar al orden a nuestros compañeros.

–Ni hablar –dice Paty–. A ver si eso nos hace más responsables con lo que hacemos.